

Desde luego, la alfombra era una muestra más de lujo en los salones de las grandes familias amantes de las artes (por ejemplo, en los del Almirante de Castilla, que da nombre a un modelo, o en los de los duques de Alburquerque) y de los humanistas como Alonso de Ercilla y Garcilaso..., o Andrés de Vandelvira, como podremos ver. Esto explica que algunos las compraran también para venderlas o las almacenaran como una mercancía fácil de transportar y no devaluable (Ayllón, 2019, pp. 37-38). Obviamente, serían igualmente apreciadas por los embajadores y viajeros de alcurnia, que las difundirían por la Europa del siglo XVI, como muestran los cuadros de Holbein el Joven, que dan nombre a un modelo (aunque muchas de ellas pueden ser orientales) o el maestro de San Gil, que hacia 1500 ofrece en una tabla una de estas alfombras en una ceremonia religiosa de ambiente cortesano dentro de Saint Denis (La Misa de San Gil, National Gallery, Londres). O en las casas burguesas, como la que presenta Pedro de Berruguete como marco para su Anunciación.



La Anunciación. Pedro de Berruguete Berruguete. Cartuja de Miraflores.

En la misma Alcaraz, la alfombra más antigua que hemos documentado es la que decoraba la tumba de la noble doña Inés de Villena, valorada a finales del XIV en cinco doblas de oro (PreteI, 1978, p. 210); pero